

De la ausencia temporal al abandono total

Leticia
González Arratia

Los sitios de los cazadores-recolectores del desierto del norte de México

Centro INAH,
Coahuila
legoar@yahoo.com

EN ESTE trabajo me refiero a los sitios arqueológicos producidos por las actividades de los cazadores-recolectores del desierto del norte de México (figura 1). Para tener un punto de referencia sobre las características de estos grupos, me apoyo en los estudios etnográficos llevados a cabo en África y Australia sobre sociedades con este tipo de organización social, que habitan en el desierto. La presencia, ubicación y contenido de sus asentamientos están vinculados, por una parte, con las formas de resolver el problema de su subsistencia (Lee 1972; Meggit 1965; Yellen 1976), y por otra, con su preocupación por establecer vínculos con el mundo sobrenatural (Smits 1984).

Entre las prioridades para asegurar la subsistencia, una de las más importantes es la obtención de alimentos, los cuales –aunque usualmente son combinación de productos vegetales y carne–, en el desierto, provienen principalmente de la recolección de plantas, sus frutos, flores, hojas y raíces, y de manera secundaria de la caza (Lee 1984). Disponer de agua es también una prioridad debido a que, en este ambiente por lo general, no se encuentran arroyos con



Figura 1 – Mapa de México donde se indica el desierto del norte-centro de México (denominado Desierto de Chihuahua) y los estados que éste abarca.

corriente permanente, y las lluvias son pocas y poco predecibles. La opción más viable entonces son los manantiales, generalmente escasos, con aporte de agua permanente (Gould 1979: 30).

Para lidiar con estas circunstancias, esos grupos humanos tuvieron que recurrir a un conjunto de estrategias; una de ellas, la movilidad frecuente combinando el desplazamiento hacia áreas de manantiales con el recorrido de un extenso territorio, escogido porque en él se distribuían abundantes concentraciones de plantas necesarias para su dieta básica. La marcada estacionalidad de las plantas así como la caída o la falta de lluvias son factores claves para definir esos movimientos, ya que los charcos que quedan después de un intenso chubasco constituyen opciones que permiten ampliar el rango de la recolección así como el de otras actividades –sean de subsistencia, sociales o rituales. Para organizar los desplazamientos a lo largo del año se requiere un plan que tome en cuenta la distancia entre los diferentes manantiales de agua permanente, y entre ellos y los agrupamientos de plantas seleccionadas, así como el factor de estacionalidad de las mismas (Tanaka 1978). De cualquier manera, el regreso a los manantiales a lo largo del año, y a lo largo de los años, es un imperativo de la supervivencia en el desierto. Otra estrategia pertinente, y practicada, fue la de mantener bajo el número de individuos que conforman una banda o unidad mínima de producción (Yellen 1976).

Esos cinco factores –limitaciones en la disponibilidad de agua, estacionalidad de las plantas, alta movilidad, extenso territorio y baja densidad de población humana– se conjugan para que los artefactos, elementos y estructuras arquitectónicas –base de la arqueología macroscópica– se presenten, los primeros, en baja cantidad y las últimas sean prácticamente inexistentes.

La baja cantidad de artefactos en principio estaría relacionada con la baja densidad de población humana; sin embargo tiene también que ver con el hecho de que la movilidad constante implica que el conjunto total de pertenencias es transportado de un lado a otro (Yellen 1976: 55), traslado que generalmente realizan las mujeres –quienes, a su vez, deben cargar también a los niños...– (Lee 1984: 37); por lo tanto, en función de la capacidad real de carga, el total de utensilios debe mantenerse en un mínimo.

Desde esta perspectiva, se entiende que ciertas costumbres de los cazadores-recolectores y su educación integren en su cultura material instrumentos improvisados como rocas, varas, huesos, y otros, cuyas formas y tamaño natural no requieren de mayor modificación para su uso inmediato con lo que, al desecharlos, éstos no necesariamente reflejan su utilización ni destacan como parte de un contexto arqueológico.

A manera de hipótesis –y en base a la información tanto etnohistórica (León [1649] 1961; Mota y Escobar [1602-1605] 1940); Pérez de Ribas [1645] 1944; Santamaría 1973; Cabeza de Vaca [ca. 1542] 1971) como arqueológica (Aveleyra Arroyo de Anda *et al.* 1956; Taylor 1966; Epstein 1969; González Arratia 1991, 1993; Mora y García Uranga 1986)–, propondría que los grupos cazadores-recolectores arqueológicos del desierto, del norte de México, construyeron en la práctica un modelo de explotación de recursos naturales el cual conjugaba la geografía y la estacionalidad de plantas, y agua, con sus necesidades de reproducción social e ideológica; obligados por el aprovechamiento de sus recursos, conceptualmente ordenaban ese territorio y lo recorrían según una lógica de supervivencia (figura 2).

Entre las prioridades para asegurar la subsistencia, una de las más importantes es la obtención de alimentos, los cuales [...] en el desierto, provienen principalmente de la recolección de plantas, sus frutos, flores, hojas y raíces, y de manera secundaria de la caza ...



Figura 2 – Paisaje del desierto. Arroyo seco erosionado y cerros a lo lejos. Municipio de General Cepeda, Coahuila (foto de Leticia González Arratia).



Figura 3 – Loma donde se distribuyen petroglifos. Municipio de General Cepeda, Coahuila (foto de la autora).

Todo esto vinculado a un sistema ideológico que requería sus propios espacios ceremoniales, en ocasiones diferentes de los de actividades de subsistencia, domésticas o cotidianas.

Este modelo exigió un continuo movimiento —en parte debido a necesidades de producción y reproducción física de los habitantes y, en parte, por exigencias rituales, religiosas y de reafirmación de los lazos sociales, de parentesco y políticos de esos diferentes grupos del desierto. En fin, ese movimiento, esos desplazamientos, los repetirían a lo largo de los siglos y posiblemente también durante milenios (figura 3). Una y otra vez, regresarían a aquellas mismas partes del territorio, posiblemente a los mismos asentamientos que por un lado ofrecían los recursos naturales más importantes para el grupo y por otro, un espacio desde donde podían comunicarse simbólicamente con el mundo sobrenatural, complemento de sus actividades productivas y domésticas.

Arqueológicamente se infiere la reiterada visita a los mismos sitios a través del tiempo, a partir de diversos factores: la cantidad de vestigios de fogatas y la extensión de superficie que éstos abarcan en ciertos casos, al igual que otros artefactos asociados a ellas (González Arratia, 1986a: 54); la acumulación de cadáveres en cuevas-cementerio, como es el caso de la cueva de la Candelaria, en Coahuila (Aveleyra Arroyo de Anda *et al.* 1956); la proliferación de figuras pintadas o grabadas en un solo sitio, como se observa en el centro y suroeste de Coahuila (González Arratia 2000); ciertos senderos, en particular algunos en Baja California, los cuales, como ha podido comprobarse, unen campamentos o áreas de actividad (Mora y García Uranga 1986: 72).

Se podría postular que los sitios de cazadores-recolectores, dadas las características de las actividades y del ritual simbólico de estos grupos, sufren un proceso de *construcción — vacío temporal — reocupación — y abandono definitivo*.

LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS CARACTERÍSTICOS DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES DEL DESIERTO

En otros trabajos he dividido las diferentes manifestaciones que señalan la presencia de los grupos cazadores-recolectores del desierto de Chihuahua en al menos cinco tipos con sus respectivas subdivisiones:

1 – *El campamento habitacional:*

- Periférico
- Matriz

2 – *La estación de trabajo:*

- De molienda
- De selección de roca
- De corte y raspado de madera
- De cacería
- De recolección de plantas (agave) (González Arratia 1993: 226-241) (figura 4)

3 – *El campamento para pernoctar* (González Arratia 1986a: 54)

4 – *Los espacios sagrados donde se realizaron ceremonias rituales y / o religiosas*, subdivididos en:



Figura 4 – *Agave lechuguilla*, típica vegetación del Desierto de Chihuahua. Municipio de General Cepeda, Coahuila (foto de la autora).

- Cuevas o abrigos mortuorios
 - a' Individual
 - a'' Múltiple
- Entierros al aire libre
- Pictografías
- Petroglifos (González Arratia 1997: 74)
- Otros por identificar

5 – *Las áreas de circulación (rutas establecidas)* para trasladarse de un punto a otro dentro de su territorio

EVIDENCIA DE ABANDONO Y REUTILIZACIÓN

El concepto de abandono parecería estar indicando el término de vida activa de un sitio y el cambio hacia otro que reemplaza al que se deja. Pero, de acuerdo con las características de estos grupos humanos que más arriba señalé, su habitación y trabajo no están dados en términos de un sitio sino de un área; el conjunto de los diferentes puntos territoriales que deben visitar durante el año natural, para resolver problemas de subsistencia e ideológicos, conforma “un gran sitio”. A estos puntos regresarán en alguna, o en varias ocasiones, a lo largo del año, o de varios años, de tal manera que el cambiar con regularidad de un lugar a otro no da por terminada la utilización de un sitio sino que forma parte de su historia de vida.

La manera en que los cazadores-recolectores nómadas del desierto se relacionan con los espacios donde habitan, donde trabajan, o donde realizan sus ceremonias de culto, establece una dinámica que parecería mantener a todos ellos vigentes a través del tiempo, independientemente de lo alejados que pudieran estar entre sí, independientemente también de la presencia física (o ausencia) de la sociedad humana que en su momento los construyó. Al mismo tiempo, la integración tan estrecha que esos grupos establecen entre diferentes aspectos de los elementos naturales –como topografía, geomorfología, flora, fauna, agua y otros recursos como rocas y minerales específicos– se genera por el rango de uso y vigencia de los diferentes sitios fundados.

Para abordar el tema de la construcción y abandono de los sitios arqueológicos, es necesario tomar en cuenta que las actividades de subsistencia, de producción de artefactos y la reproducción social e ideológica, en general, dejarán restos materiales de actividad humana (sintetizados en la categoría de sitio) espacialmente alejados entre sí pero articulados de manera funcional e histórica. Trato de aclarar que, para realizar actividades de subsistencia y rituales, como cualquier sociedad humana, estos grupos que venimos ahora estudiando requieren la utilización de diferentes espacios, pero que las distancias entre los puntos donde realizan éstas son de un rango tal –separados en ocasiones por centenares de metros o hasta por kilómetros– que la sociedad contemporánea al estudiarlos no los reconoce como una unidad sino más bien como rompimientos sustanciales (figura 5). Esto significa, pues que, para abordar la arqueología de estas sociedades, es necesario enfocar conceptualmente los temas tanto de la utilización de un segmento de territorio como de su abandono en términos de región.

Es preciso señalar que, en general, los sitios arqueológicos de los cazadores-recolectores, del desierto del Norte de México no se han estudiado



Figura 5 – Planicie –área de circulación– con escasa vegetación; al fondo, los cerros (foto de la autora).

El concepto de abandono parecería estar indicando el término de vida activa de un sitio y el cambio hacia otro que reemplaza al que se deja.

—no han sido observados, registrados, interpretados ni explicados—, desde la perspectiva del abandono. Debido a la falta de datos al respecto, este trabajo está más orientado a establecer la premisa inicial de que esos sitios (o determinado tipo de ellos) no fueron abandonados totalmente sino sólo temporalmente y sí fueron reocupados o reutilizados a lo largo de los siglos. Para llevar a cabo mi examen, utilizo el aspecto cuantitativo de la acumulación de artefactos y/o de elementos, como un indicador (o como el indicador más importante, a falta de otros). Infiero el peso de este factor a partir del hecho de que, en la observación etnográfica de grupos de cazadores-recolectores en otras partes del mundo como África y Australia, el grupo básico e independiente es la familia nuclear; ésta consta de un número reducido de miembros: de cinco a veinte, y las estancias son cortas en cualquier parte del territorio (Meggitt 1965; Lee y De Vore 1968).

Por ende, se puede anticipar que los restos acumulados en un sitio cualquiera deberían de ser exiguos. La expectativa al encontrar un sitio arqueológico es que conste pues de pocos artefactos y/o de pocos elementos. Si esta expectativa no se cumple y, por el contrario, artefactos y elementos ocupan una gran extensión, o una extensión que rebasa lo que podría esperarse de una estancia corta de un número reducido de gentes, entonces se abre la posibilidad de que un sitio dado hubiera sido visitado a lo largo del tiempo por un mismo grupo doméstico, por varios grupos, o incluso, que constituyera el punto de reunión de un alto número de pequeños grupos o bandas por una o varias ocasiones.

Así pues, un primer criterio de reutilización es el cuantitativo, basado en la acumulación de artefactos, y/o elementos; sin embargo, para confirmarla, es preciso recurrir además a indicadores cronológicos.

Con el fin de ahondar en el tema de la búsqueda de indicadores del abandono y reutilización de un sitio, he seleccionado algunos sitios trabajados por diferentes arqueólogos y los he clasificado en las categorías que he denominado "*campamento habitacional*", "*estación de trabajo*" y "*espacios sagrados*".

EL CAMPAMENTO HABITACIONAL MATRIZ EN SUPERFICIE Y AL AIRE LIBRE REUTILIZADO.

Así lo defino y así lo identifico cuando el sitio presenta heterogeneidad de artefactos —o de preparación de los mismos— que den cuenta de diversas actividades "... dado que se encuentran reunidos en el mismo espacio todos los agentes de la producción. Sin embargo la actividad más característica sería la doméstica." (González Arratia 1986: 55). "Las fogatas asociadas con instrumentos de molienda y de artefactos líticos tallados, particularmente si son heterogéneos, son indicadores seguros de habitación." (*Ibidem*). Lo mismo la combinación de dos de estos elementos. En superficie, que es el tipo de contexto que más se ha trabajado en el norte árido, pocas veces pervive lo fabricado con materia orgánica.

Si bien ya se mencionó que en principio cualquier sitio de cazadores-recolectores es susceptible de ser abandonado, visitado y utilizado periódicamente, lógicamente, la evidencia de estos procesos se hace patente con mayor facilidad en los campamentos con alta concentración de artefactos y elementos, como sería el caso del campamento habitacional matriz.

En superficie, la proliferación de fogatas diseminadas horizontalmente por el espacio podría estar indicando reiteradas visitas. Sin embargo, hay que considerar otras posibilidades: una única ocasión que concentrara a varias bandas, en un mismo lugar, también dejaría restos similares en cuanto a cantidades de fogatas y otros. Sólo indicadores cronológicos que aportasen datos de diferente antigüedad nos podrían validar la primera suposición. Es el caso del taller de la Poza Salada, en Coahuila y el del sitio San Isidro, en Nuevo León, los cuales presentan puntas de proyectil diagnósticas de temporalidad. El sitio Morteros, en Chihuahua, carece de indicadores de temporalidad, pero se realizó, en su momento, un análisis tecnológico del material lítico tallado, que aporta datos para conocer el tipo de artefactos que se abandonaron y sugerir los que se llevaron consigo.

En los abrigos y cuevas, los datos sobre reutilización en principio van apareciendo dispuestos de manera vertical, en la forma de un asentamiento sobre otro. Como ejemplo de este tipo de contexto incluyo algunas observaciones relacionadas con la excavación de la cueva de la Espantosa, en Coahuila (figura 6).

El taller de la Poza Salada

Se trata de un sitio al aire libre cercano a la cueva mortuoria de la Candelaria, en el suroeste de Coahuila, junto a una especie de manantial que aflora en el suelo de la planicie. Fue localizado y explorado por Arturo Romano, Pablo Martínez del Río, Luis Aveleyra Arroyo de Anda y por un equipo interdisciplinario de trabajo de la Dirección de Prehistoria del INAH, en 1953. Se trata de una extensa zona de 12 000 m² cubierta de “... numerosas lascas, pequeños núcleos, artefactos incompletos o eliminados en proceso de manufactura [...] y algunas piezas terminadas” (Aveleyra Arroyo de Anda *et al.* 1956: 62); “... además de rocas fracturadas por el fuego características de las que se utilizaron para formar las fogatas en el pasado prehispánico” (*ibidem*).

Este tipo de sitio lo interpreto como un *campamento habitacional matriz* más que como un *taller*, misma conclusión a la que también llega Aveleyra a pesar de la denominación que le da (*ibidem*). También el investigador consideró que originalmente esos materiales habrían sido depositados en diferentes épocas, pero que la erosión destruyó la “... superposición de niveles [arqueológicos] dejando mezclados en la superficie materiales pertenecientes a muy distintas fases culturales.” (*ibidem*: 63).

Se recolectaron en superficie únicamente productos líticos tallados (bifaciales y unifaciales intermedios y terminados), entre los que destacan varias puntas de proyectil –que se han considerado diagnósticas para establecer la antigüedad del sitio–, como son la Langtry, Shumla y Toyah (figura 7). En el cuadro 1 se muestra la antigüedad asignada a estas puntas por fechamientos de radiocarbono efectuados en sitios de Texas.

Tomando en cuenta las fechas más conservadoras, se puede postular una dinámica de ocupación-abandono que se prolongó cuando menos durante 1 700 años, aproximadamente. El material abandonado fue básicamente desecho de talla, núcleos y artefactos manufacturados fracturados en la mitad del tallado.

El sitio San Isidro

Entre 1960 y 1967, Jeremiah Epstein trabajó el sitio San Isidro, en Nuevo León. Lo interpreta como un “campamento del hombre antiguo” (*an early man campsite*), pero los datos que proporciona indican que se ocupó durante diferentes épocas, a lo largo de milenios y hasta periodos muy recientes, como la época de la Conquista. Se trata de otro caso de *campamento habitacional matriz* en superficie, correspondiente tanto a un “campamento del hombre antiguo” –como lo clasifica el investigador– como a posteriores sociedades de cazadores-recolectores, según nos indican los artefactos asociados que el mismo investigador encontró y que corresponden a diferentes periodos.

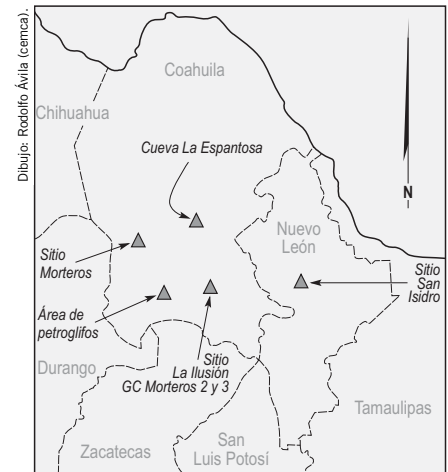


Figura 6 – Estados de Coahuila y Nuevo León con la distribución de los sitios arqueológicos que se mencionan en el artículo.

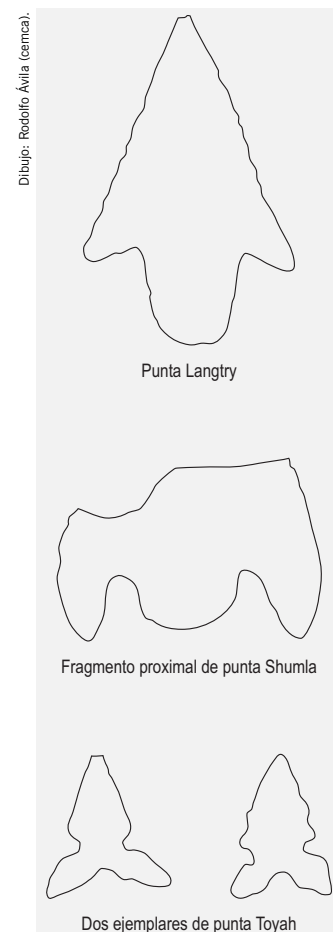


Figura 7 – Puntas de proyectil diagnósticas de temporalidad localizadas en el taller de la Poza Salada.



Figura 8 – Variante de fogata típica de los sitios arqueológicos del desierto (foto de la autora).



Figura 9 – Variante de fogata típica de los sitios arqueológicos del desierto (foto de la autora).

Tipo de punta	Área donde aparecen en Texas, según Aveleyra	Cronología actualizada según Turner, Hester, (1993)
Langtry	Foco del río Pecos	Entre 2500 a.C. y 1000 a.C.
Shumla	Foco del río Pecos	Entre 1000 a.C. y 200 a.C.
Toyah		Entre 700 d.C. y el momento de la Conquista

Cuadro 1 - Antigüedad asignada a estas puntas por fechamientos de radiocarbono efectuados sobre el sitio, en Texas.

Este sitio presentaba indicios de unas cien fogatas, con sus elementos –un conjunto de rocas formando un círculo–, aproximadamente *in situ* (Epstein 1969: 1), además de muchos fragmentos de roca quemada, evidencia de otras antiguas fogatas cuyos elementos se dispersaron con probabilidad debido al efecto de la erosión o por el movimiento producido por corrientes de agua (*ibidem*: 4). Había ahí igualmente material lítico tallado y manos de molienda (*ibidem*: 11-12). A algunos artefactos tallados –las puntas de proyectil y la gubia identificada como Clear Fork Gouge– puede asignárseles con cierta confianza una cronología, extrapolándola de sitios fechados de Texas ya que el sitio se localiza relativamente cerca de la frontera con este estado americano (figuras 8 y 9)

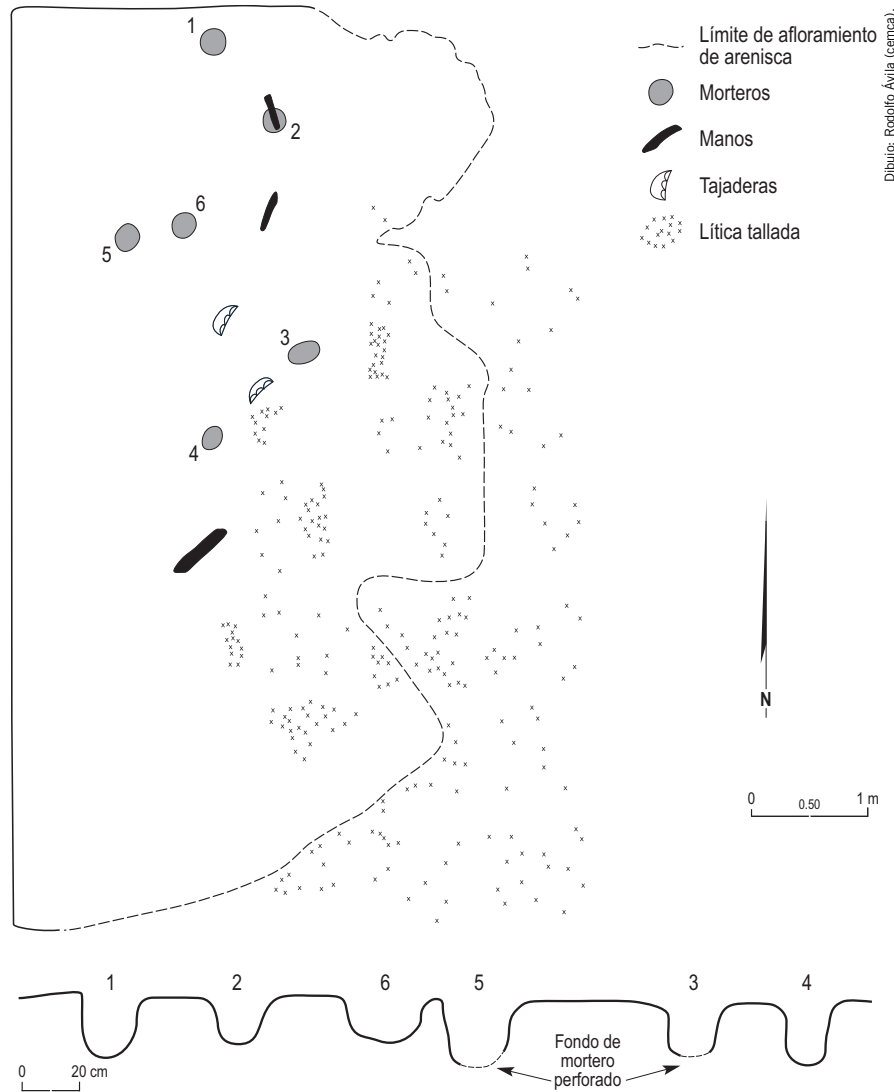
Según Epstein, las puntas Plainview, las más antiguas, se distribuían hacia el sur, y el resto de los artefactos –como la punta Catán, la fechada como más reciente– se concentró en el área norte (*ibidem*: 13), lo que nos indicaría quizás una ocupación diferencial en dos grandes periodos. Aunque se realizaran excavaciones, los depósitos resultaron prácticamente estériles, por lo que la periodificación y zonificación se operaron con el material de superficie.

Como se puede observar en el cuadro 2, la ocupación temporal de este sitio se podría haber iniciado en el 9200 a.C., pero tal vez la fecha más consistente la proporciona la punta Plainview con un rango de presencia muy

Tipo de punta	Temporalidad asignada por Epstein	Cronología actualizada según Turner y Hester, (1993)
Clear Fork Gouge	Paleoindio - Arcaico Medio	9200 a.C. - 2500 a.C.
Lerma	Paleoindio y Arcaico	9200 a.C. - 700 d.C.
Plainview	Paleoindio	8150 a.C. - 8010 a.C.
Almagre	Arcaico Medio	2500 a.C. - 1000 a.C.
Gary	Arcaico Medio - Arcaico de Transición	2500 a.C. - 700-800 d.C.
Pandora	Arcaico Medio - Arcaico Tardío	2500 a.C. - 300 a.C.
Tortugas	Finales del Arcaico Medio	1000 a.C.
Desmuke	Arcaico Tardío	1000 a.C. - 300 d.C.
Matamoros	Arcaico Tardío - Prehistórico Tardío	1000 a.C. - 700 d.C.
Catán	Prehistórico Tardío - Histórico	700 d.C. - 1600 d.C.
Nogales	No hay reporte para Texas	

Cuadro 2 - Cronología aproximada de los indicadores cronológicos.

Figura 11 – Sitio de morteros en el Bolsón de Mapimí (planta y corte).



Dibujo: Rodolfo Ávila (cerámica).

Lascas	576
Núcleos	28
Productos	73
Guijarros modificados	41
Tajador	2
TOTAL	720

Cuadro 3 - Cuantificación de los artefactos.

Tipo de artefacto	Total de cada tipo	Completo	Fracturado
Lascas	576	349	227
Núcleos	28	8	20
Productos	73	21	52
Guijarros modificados	41	14	27
Tajador	2		2
TOTAL GENERAL	720		

Cuadro 4 - Artefactos completos y fracturados.

cierta profundidad estaría apuntando a un uso largo (y consecuentemente a varias ocupaciones): como ampliaré en el apartado intitulado “*estaciones de trabajo*”, una pronunciada profundidad de los morteros es muestra de su uso prolongado a lo largo de los años. El cuadro 5 muestra las medidas de diámetro y profundidad, con sensibles variaciones respecto a la profundidad:

Las características del material hallado me permiten deducir pues, que la mayor parte de los núcleos y lascas grandes, así como bifaciales en proceso de manufactura y bifaciales cuyo margen se modificó fueron algunos de los artefactos que se llevaron consigo los que desecharon el material ahora arqueológico (González Arratia 1982, 1986b: 147-150).

Si el abandono del lugar fue planeado, previendo un regreso, posiblemente dejaron –aunque al aire libre– una reserva de desechos de talla –los cuales igual se podrían utilizar como lascas-base para la elaboración de puntas de proyectil, por presión–, así como otros artefactos relativamente pequeños; igualmente, las lascas filosas podrían servir directamente en alguna labor de corte y raspado.

No está de más reiterar que los procesos de trabajo, es decir, las actividades de una sociedad cazadora-recolectora en un ambiente semidesértico exigen “... un tipo de organización del trabajo a largo plazo –por ejemplo, un ciclo anual–, estructurado a partir de una serie de actividades cuya manifestación arqueológica estará distribuida en una serie de sitios, más que en un solo sitio” (González Arratia 1986b: 136). Entonces, los artefactos denotan “... cuando menos, un trabajo previo o un trabajo posterior a los realizados en el sitio propiamente dicho.” (*Ibidem*).

Este hecho va conformando una cadena de trabajo aparente desde dos perspectivas: una, según el diferente grado de manufactura o evidencia del objeto encontrado o no en cada sitio; otra, según los diferentes sitios donde se atestiguan.

Los campamentos habitacionales en abrigos o cuevas

Como ejemplo de este tipo de sitios tomaré la cueva de la Espantosa, en el municipio de Cuatro Ciénegas, Coah., excavada por Walter W. Taylor, en 1941. Este depósito, en diferentes profundidades, se fechó por medio del ¹⁴C, concluyéndose que fue ocupado reiteradamente desde 8500 a.C. hasta 1770 d.C. (prácticamente un siglo después de la conquista española, en esta parte del norte de México). Esto no significa que no haya sido abandonado, sino que se reocupó reiteradamente.

No contó con diferenciación en la sedimentación, sino que se fecharon los artefactos directamente, así que se desconoce qué tan amplio fue el evento de abandono (Taylor 1966). Los indicadores de que esta cueva fue utilizada como habitación son básicamente los artefactos de molienda, los restos de alimentos desechados –como son los gabazos masticados de corazón horneado de maguey–, los artefactos de material orgánico, de piedra, relacionados con la elaboración de otros artefactos, así como la abundante ceniza a lo largo de dos metros de espesor del depósito. También los artefactos terminados, y en proceso de manufactura, particularmente

Mortero	Profundidad en cm	Diámetro de la boca en cm
1	22	20
2	16	20
3	22 (perforado)	16 x 20 (irregular)
4	23	22
5	25 (perforado)	29 x 32
6	14	28 x 29

Cuadro 5 - Diámetro y profundidad de los morteros.

los elaborados en madera, textiles y piedra. No existe una monografía sobre esta excavación y sus materiales; sí aparecen fotos de algunos de los artefactos encontrados en la cueva en el artículo *Archaic Cultures Adjacent to the Northeastern Frontiers of Mesoamerica*, que Walter Taylor publicó en 1966. El problema es que el autor, en este trabajo, indistintamente apunta tanto al material de La Espantosa como al de varios otros sitios que excavó, o donde únicamente recolectó. Así pues, yo me referiré únicamente a los artefactos que le impresionaron –ya sea por su abundancia o, al contrario, por la baja representación que tienen–, y sobre los cuales sí especifica que provienen de la mencionada cueva: ahí obtuvo un mínimo de 9 000 artefactos o elementos (no proporciona el número total por carecer el autor de este dato) (Taylor 1956-1959: 223).

El material mejor representado está fabricado en fibra y hojas; se trata particularmente de sandalias, de las cuales se recuperaron 959 (Taylor 1966: 739), y de gran cantidad de fragmentos de petates, cestos y otros de función desconocida. Solo se recuperó un collar y una faldilla. Los objetos de madera completos, o en proceso de modificación, también fueron abundantes.

Dos artefactos, en gran cantidad en otros contextos, se encuentran ahí en número limitado (de un dígito). Se trata de los *choppers* o tajadores y de los núcleos. Como bien señala Taylor (1966: 69), considerando la cantidad y amplia variedad de artefactos de madera representados, de lascas y de productos (intermedios y terminados) que se obtuvieron de la excavación, los instrumentos con los que se les trabaja –los *choppers* y los núcleos– aparecen en muy baja proporción. Se podría conjeturar –en base al mismo tipo de material a lo largo de todo el depósito y por la cronología tan completa que se obtuvo a partir del fechamiento por radiocarbono–, que se trata de un lugar cuya reutilización estaría prevista al abandonarlo.

La nula o poca representatividad de los artefactos mencionados implicaría que los diferentes ocupantes de la cueva llevaban consigo su vestimenta, adornos y los instrumentos de trabajo que requerirían en su(s) siguiente(s) parada(s) –entre otros precisamente *choppers* y núcleos–; es de suponer que en su recorrido, en las paradas, tendrían que surtirse de ramas, varas, fibra, roca, minerales... de todo lo necesario para facilitar la caza y recolecta de alimentos.

Según el testimonio de los cronistas españoles que se encontraron por primera vez con los antiguos habitantes del desierto, éstos se distinguían por utilizar poca o ninguna vestimenta; apenas sandalias, en ocasiones, faldillas de pieles usadas por las mujeres...; sí se adornaban con collares, brazaletes, pendientes, etc. (Pérez de Ribas 1944: 254).

Ya hemos mencionado las sandalias como el único objeto relacionado con la vestimenta que se encontró en abundancia en la cueva. Seguramente el tipo de uso al cual estaban destinadas las agotaba con frecuencia y en la misma cueva se las iba sustituyendo: de ahí el alto número de ejemplares desechados. Algo que indicaría igualmente un regreso previsto: los artefactos a medio elaborar, como ciertos objetos en fibra.

LAS ESTACIONES DE TRABAJO

A diferencia del *campamento habitacional*, las *estaciones de trabajo* (me he referido al mismo tipo de sitio como “*campamento de trabajo*”, en otras publicaciones) dan cuenta “... de la actividad de una parte del grupo única-

... las estaciones de trabajo [...] dan cuenta “... de la actividad de una parte del grupo únicamente pues, debido a la división sexual [...], se separan los individuos para desarrollar algunas de las actividades productivas en diferentes grupos de trabajo.

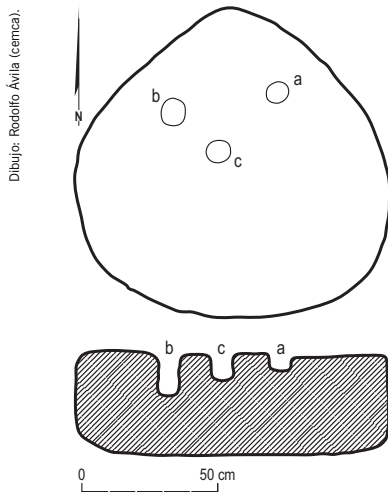


Figura 12 – Corte y planta de los morteros de la unidad arqueológica GC Mortero 2, del rancho La Ilusión. Municipio de General Cepeda, Coahuila.



Figura 13 – Morteros de la unidad arqueológica GC Mortero 2, del rancho La Ilusión. Municipio de General Cepeda, Coahuila (foto de la autora).

mente pues, debido a la división sexual –característica que se presenta en las bandas de cazadores-recolectores–, se separan los individuos para desarrollar algunas de las actividades productivas en diferentes grupos de trabajo: los hombres, cazando y pescando, y las mujeres recolectando y procesando los alimentos, lo cual determina que se distribuyen los grupos en una misma área natural o en diferentes microambientes, pero realizando labores diferentes de las que se obtienen productos diferentes. Es de esperarse que esta diferenciación de la división del trabajo se aprecie a partir de los restos arqueológicos.” (González Arratia 1986a: 55).

Los morteros fijos del rancho La Ilusión

Me referiré a una estación de trabajo propia de la actividad de la mujer: los morteros fijos. Este instrumento habla de una tarea doméstica –la molienda, el machacado de vegetales– relacionada principalmente con la alimentación. Estos artefactos no siempre se localizan en el contexto de campamento habitacional, entre otras cosas porque requieren de un afloramiento de roca con características específicas como profundidad y tipo. Así pues, muchas veces, se les localiza en zonas diferentes, aislados, de tal manera que encajan muy bien dentro de la categoría de *estación de trabajo*. Éste es el caso de los morteros fijos localizados en el rancho la Ilusión, en el municipio de General Cepeda, Coah., en 2001, cuyo registro lo realizamos conjuntamente la arqueóloga Elvira Ochoa y yo misma. Se trata de las unidades arqueológicas GC Mortero 2 (figuras 12 y 13) y GC Mortero 3. Se encuentran a una distancia de 2 km una de otra y carecen de asociación con otro tipo de artefacto o elemento. La primera unidad consta de tres morteros y la segunda, de cuatro.

Personalmente, considero a estos morteros como un indicador valioso de reutilización de un sitio debido a que sus características de manufactura ligadas al “... tipo de uso [la molienda] a que están sometidos hace que su desgaste sea relativamente lento ...”. Por su calidad de “fijo”, “... al no poder ser transportado requiere de que se regrese al mismo a través del tiempo. Su potencial de reutilización se perfila a largo plazo, posiblemente de cientos de años” (*ibidem*: 154).

El indicador más evidente de regreso a un sitio de este tipo es el diferente gradiente de uso que muestra cada mortero, cuando existe más de

Cuadro 6 - Los diferentes morteros: profundidades y diámetros.

Unidad Arqueológica	Mortero	Profundidad cm	Diámetro de la boca cm
GC Mortero 2	M "a"	9	17
	M "b"	31	22
	M "c"	19	18
GC Mortero 3	M "1"	31 (agotado)	20
	M "2"	20	17
	M "3"	15	22
	M "4"	21	20

uno, hasta los finalmente desechados por haber perforado el fondo de la roca (la cual varía dependiendo del espesor del yacimiento) y haber alcanzado ya el suelo blando (González Arratia 2002: 90-92).(Cuadro 6)

Este instrumento de trabajo –el mortero fijo– estuvo asociado con la molienda de la vaina del mezquite, según testimonio de las fuentes documentales (León 1961: 21). Así que es probable que su uso dependiera de la disponibilidad del fruto de esta planta, y que, en la medida en que la vaina se agotara –por el paso de la estación y por la intensidad de la recolección–, se interrumpiría el uso de los morteros. Por lo tanto se podría pensar que existe una correlación entre este instrumento y la estacionalidad de la planta.

En el caso de los morteros aquí descritos, cabe destacar las diferencias en su profundidad (figuras 14 y 15), lo que podría interpretarse como un desgaste diferencial a través de los años que correspondería a la dinámica de abandono-reutilización del espacio, como en los otros casos arriba señalados.

LOS ESPACIOS SAGRADOS O RITUALES: LOS PETROGLIFOS O GRABADOS SOBRE PIEDRA

El criterio que he utilizado para identificar un abandono, en este tipo de sitio, son las líneas o figuras grabadas inconclusas en cuanto a la forma y al acabado. La impresión que deja una imagen inconclusa es la de la terminación abrupta del acto de grabar o pintar, como si algo inesperado hubiera obligado al ejecutor a abandonar el lugar.

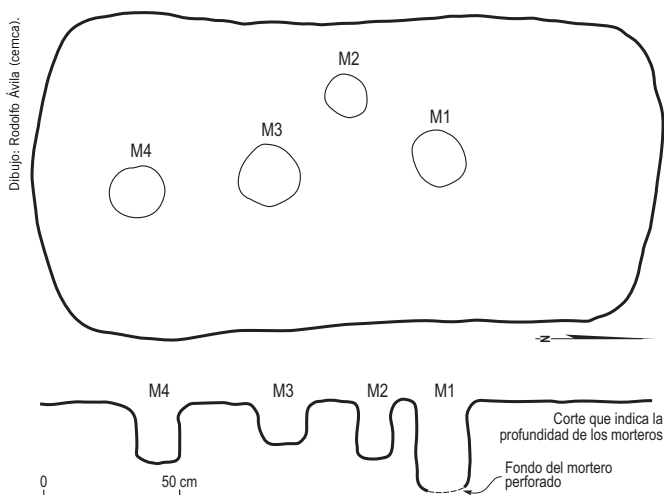


Figura 14 – Corte y planta de los morteros de la unidad arqueológica GC Mortero 2, del rancho La Ilusión. Municipio de General Cepeda, Coahuila.



Figura 15 – Acercamiento a mortero perforado en su base de GC Mortero 3 (foto de la autora).

Tomaré como ejemplo las observaciones que he realizado en petroglifos del sur de Coahuila, que se distribuyen de este a oeste en una larga franja de afloramiento de arenisca a lo largo de aproximadamente 100 km lineales. Para realizar los grabados, se utilizaron dos técnicas: incisión y percusión en la modalidad del picoteado; para su acabado, una: la abrasión.

Me referiré a las figuras elaboradas con las técnicas del picoteado y la abrasión. Para utilizar esta perspectiva es necesario contemplar la formación de una figura como compuesta de cuatro momentos:

- Construcción de la línea
- Construcción de la figura (contorno)
- Acabado de la línea
- Acabado de la figura (interior)

Dos criterios para identificar la suspensión de la ejecución tienen que ver con el primero y tercer momentos. Consideraría inconclusa una figura cuando, habiendo avanzado la construcción de la línea lo suficiente como para identificar una forma geométrica convencional como un círculo (figuras 16 y 17), la ejecución se detuvo antes de que sus extremos se llegaran a tocar; o cuando uno o varios rombos, en un conjunto de rombos terminados, que presentan dos de sus líneas dirigidas hacia un mismo punto pero sin que alcancen a cerrarse (figura 18); o cuando en una cruz sólo se marcaron tres de sus cuatro extremos.

Otro criterio para considerar que la ejecución de una figura –o su línea– se suspendió en un momento dado, es la del acabado utilizando la abrasión. Esta técnica proporciona una textura homogénea a la línea (o al interior de la figura). En este caso, también es posible observar que, en muchas figuras individuales, parte de la línea del contorno recibió el tratamiento de la abrasión y otra parte no, atribuible a que se abandonó el trabajo y el lugar.

La explicación que he dado a este fenómeno es que se aplicó una estrategia tecnológica a un trabajo (o aproximación) que llamaré de “secuencias”, con lo que quiero decir que una figura no se manufacturó de principio a fin al mismo tiempo (en un mismo momento). (González Arratia 1997b: 164). Porque lo importante no era completar la figura, sino coincidir con los tiempos rituales.

La hipótesis que propongo es que parte del ritual se expresa en la decisión implícita de suspender la ejecución de una figura previendo un regreso futuro para continuar con su elaboración. Para entonces, se avanzaría –o se terminaría por completo–, y se iniciarían otras nuevas formas dejando igualmente pendiente su



Figura 16 – Petroglifos. Obsérvese el círculo a la derecha en proceso de elaboración. La mitad derecha es un esbozo punteado, la mitad izquierda ya tiene la línea bien definida. Técnica de percusión (picoteado). San Rafael de los Milagros, Coahuila (foto de la autora).



Figura 17 – Petroglifos. A la derecha, círculo en proceso de formación. La parte inferior está sin concluir. Técnica de percusión (picoteado). San Rafael de los Milagros, Coahuila (foto de la autora).



Figura 18 – Petroglifos. Conjunto de rombos (arriba); el del extremo superior y el cuadrado (derecha, abajo) están sin concluir. Técnica de percusión (picoteado). San Rafael de los Milagros, Coahuila (foto de la autora).

conclusión, con el fin de dar continuación al ritual y a la tradición (*ibidem*: 173). Hipotéticamente, este proceso estaría indicando la intención de recordar el tiempo social pasado y futuro, a partir de una actividad presente (el terminado de una línea o figura inconclusa).

Desde esta perspectiva, los indicadores observados y la hipótesis propuesta reafirman la idea de que el abandono de los sitios de los grupos cazadores-recolectores lleva implícita la expectativa de retorno, a corto o largo plazo, a estos mismos sitios.

ALGUNAS REFLEXIONES

Hasta aquí he hecho hincapié en demostrar que los sitios de los cazadores-recolectores, por razones de reproducción física y preservación de la base ideológica, habrían sido abandonados y reutilizados a lo largo de su historia.

Con este propósito, he intentado aislar algunos indicadores para establecer el regreso a los mismos espacios territoriales; entre ellos, el aspecto cuantitativo de acumulación de artefactos y elementos desempeña, desde mi perspectiva, un papel destacado. Qué duda cabe que otro tipo de indicadores cronológicos lo conformarían las puntas de proyectil y otros artefactos diagnósticos fechados, cuyo hallazgo, así sea unitario, es suficientemente significativo.

En el texto examino tres elementos –las fogatas, los morteros fijos tanto funcionales como agotados y las figuras grabadas inconclusas en los yacimientos de petroglifos–, dado que, tomados en combinación junto con datos de tipo cuantitativo, nos proporcionan información sobre la reutilización del sitio.

Otros indicadores que podrían señalar el retorno serían los artefactos en proceso de manufactura –particularmente los de fibra, hoja, madera–; sin embargo éstos requieren de un examen más minucioso a fin de dictaminar si fueron o no desechados por errores de manufactura, por pérdida u olvido.

Mis propios enfoque y análisis me han determinado a catalogar como de *ausencia temporal* al abandono de los sitios de los cazadores-recolectores del desierto. De ser esto cierto, tendríamos que preguntarnos: *a*) si fueron reocupados, durante 8 000 años, determinados sitios como la cueva de La Espantosa o el sitio abierto San Isidro –que arriba describí–, por un mismo grupo étnico o con filiación semejante; *b*) si la reocupación, al contrario, se debió a poblaciones nuevas, procedentes de otros lugares, aunque también de cazadores-recolectores; *c*) si en el proceso se produjo o no violencia.

En cuanto al último punto, al menos para el siglo *xvi*, diferentes documentos sí mencionan conflictos armados relativamente frecuentes entre los diferentes grupos de cazadores-recolectores –a los que los cronistas se refirieron de manera genérica como “chichimecas”– (Ahumada 1952; Casas 1903); lo mismo afirman ciertos estudiosos –como Powell (1984)– para el caso del desierto del norte-centro de México, también conocido como Desierto de Chihuahua. Pero, ¿qué tanto en el tiempo, hacia el pasado remoto, se podría extrapolar esta situación?

Por otra parte, a partir de 2500 a.C., se suceden una serie de eventos históricos en toda la periferia de este desierto –en el occidente, norte, sur, y oriente–; ¿tuvieron los mismos algún impacto entre las sociedades nómadas que lo habitaban? Y ¿cómo se reflejarían –en términos del material arqueológico de los sitios del desierto– ciertos acontecimientos? Me refiero a los siguientes:

- El inicio de la agricultura en la sierra Madre Occidental hacia el 500 a.C. (López Austin y López Luján 1997: 43).
- La expansión de Mesoamérica hacia el norte, a partir del 0 d.C. (Hers en prensa: 107).
- La introducción del arco y la flecha, en Texas y Coahuila, entre el 700 y 1000 d.C. (Turner y Hester 1993: 6).
- La contracción de Mesoamérica hacia el sur, entre 900 y 1000 d.C. (Braniff 2000: 164).
- Cambio de población en el desierto de Utah, entre 900 y 1000 d.C. (Adovasio 1986: 56).
- Gran sequía y abandono de asentamientos en el suroeste de los Estados Unidos, hacia 1275-1300 d.C. (Cordell y Gumerman 1989: 13).
- El auge de Paquimé en Chihuahua (1300 d.C.) (López Austin y López Luján 1997: 21).
- La decadencia de Paquimé (1450 d.C.) (*ibidem*).
- La violenta irrupción de la conquista española, a partir del siglo *xvi*.
- La irrupción de los indios de las praderas de Norteamérica, a partir del siglo *xviii* (Rodríguez 1995: 69).

Seguramente esos hechos provocaron, en menor o mayor medida, un fenómeno migratorio ya sea hacia el sur o hacia el norte. La expansión del cultivo y de Mesoamérica principalmente siguen la dirección de la sierra Madre Occidental y de la sierra Madre Oriental: es probable que afectaran a grupos nómadas serranos y que éstos tendieran a acercarse, o a concentrarse, en el desierto entre estas sierras.

Aparentemente, por otra parte, en lo que se refiere al desierto de Utah, los cambios de población descubiertos coinciden con fenómenos climáticos y sociales que recomponen la geografía arqueológica tanto en el suroeste de los Estados Unidos como en el noroeste de México. En teoría, particularmente los cambios ocurridos en Paquimé y su área de influencia, colindante con el desierto de los nómadas, deberían haber repercutido en los territorios de éstos.

Se han detectado algunos indicadores de influencia externa que podrían denotar, si no sustitución de población, sí la proximidad de vecinos con características de tipo mesoamericano o oasisamericano. Sirvan de ejemplo los pocos fragmentos u objetos de algodón y los fragmentos de madera o guaje de calabazo pintado con la técnica del *cloisonné*, que se han interpretado como de influencia mesoamericana (Aveleyra Arroyo de Anda *et al.* 1956).

Restan problemas que requieren de otras reflexiones, de matices más finos, como:

- Averiguar si acaso aquellos habitantes nómadas, cuyos desechos aparecen en los sitios conformados originalmente, fueron (o no) en algún momento reemplazados por otros grupos de población –casi con certeza se trataría de nómadas también, salvo excepciones– quienes a su vez irían agregando sus propios desechos a esos mismos sitios. Caso de ser cierto esto, si esta sustitución o asimilación a la población local se realizó de manera pacífica o violenta.
- Ahondar sobre ciertos movimientos migratorios –quizás provocados por sequías locales, que llegan a tener un carácter cíclico, o por otras circunstancias– los cuales habrían provocado el abandono total de la región y de los sitios.

- ¿Qué tipo de observación y de registro nos conducirían a detectar procesos que posiblemente se traducirían en el abandono de los sitios arqueológicos por parte de unos y su reutilización por parte de otra población o, en dado caso, procesos de abandono definitivo?
- ¿Cuándo se produce la *ausencia temporal* y cuándo el *abandono total*? Es decir, ¿en qué momento el grupo decide uno u otro tipo de desplazamiento? ¿Cuándo además otros grupos toman el relevo?

Este trabajo es una exploración sobre el tipo de indicadores arqueológicos que podrían dar cuenta del abandono en los asentamientos de los cazadores-recolectores del desierto del norte de México. A pesar de que son contextos que por lo general no se han estudiado desde esta perspectiva, me fue posible examinar algunos datos procedentes de diferentes sitios y analizarlos desde esa problemática. Si bien a raíz de este ejercicio son varias las hipótesis que propongo, en particular las que giran en torno de la ausencia temporal y del abandono definitivo, no cabe duda de que quedan numerosas cuestiones aún por descifrar. Y estas últimas sólo se podrán resolver mediante la aplicación de una metodología adaptada a las condiciones tanto ambientales como arqueológicas que impone el desierto del norte de México.

BIBLIOGRAFÍA

- Adovasio, James 1980 – Prehistoric Basketry of Western North America and Mexico. En David Browman, L. (ed.). *Early Native Americans Prehistoric Demography, Economy and Technology*: 341-362. The Hague, Mouton, Gran Bretaña. 1986 – Artifacts and Ethnicity: Basketry as an Indicator of Territoriality and Population Movements in the Prehistoric Great Basin. En Condie, Carol J. y Don D. Fowler (eds.). *Anthropology of the Desert West*: 43-88. The University of Chicago Press, Chicago.
- Ahumada, Pedro 1952 – *Rebelión de los zacatecos y guachichiles*. Biblioteca de Historiadores Mexicanos. Vargas Rea, México.
- Anónimo 1966 – *Aboriginal Art from Australia*. Commonwealth Press, Massachusetts.
- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, Manuel Maldonado Koerdel y Pablo Martínez del Río 1956 – *Cueva de la Candelaria* (I). *Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia* V. INAH y SEP, México.
- Braniff, Beatriz 2000 – La frontera septentrional de Mesoamérica. En Manzanilla, Linda y Leonardo López Luján (eds.). *Historia Antigua de México* I: 159-184. INAH, IIA-UNAM y Miguel Ángel Porrúa, México.
- Cabeza de Vaca, Álvar Núñez [ca. 1542] 1971 – *Nafragios y comentarios*. Espasa-Calpe, Madrid.
- Casas, Gonzalo de las [ca. 1571] 1903 – Guerra de los chichimecas. *Anales del Museo Nacional de México*, tomo I, segunda época: 159-171. Museo Nacional de México, México.
- Cordell, Linda S. y George J. Gumerman 1989 – *Dynamics of Southwestern Prehistory*. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Epstein, Jeremiah F. 1969 – *The San Isidro Site an Early Man Campsite in Nuevo Leon, Mexico*. The University of Texas, Austin.
- González Arratia, Leticia 1982 – Informe al Consejo de Arqueología del trabajo de campo realizado durante la temporada nov./dic. de 1980 para el *Proyecto arqueológico Bolsón de Mapimí*. Departamento de Prehistoria-INAH, México.
- 1986a – El problema de la arqueología de superficie y la movilidad de los grupos cazadores-recolectores. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*: 51-62. Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- 1986b – Ejercicio de interpretación de actividades en un campamento de cazadores-recolectores en el Bolsón de Mapimí. En Manzanilla, Linda (ed.). *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*: 135-157. IIA-UNAM, México.
- 1991 – La mujer recolectora en la reproducción material. *Antropología. Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 34: 2-21, abril-junio.
- 1993 – Arqueología del desierto. (Reflexiones sobre una temporada de campo). Tesis de maestría en arqueología. ENAH, México.
- 1997a – Los Petroglifos. Un diálogo con el pasado. Col. *Ciencia y Desarrollo* (xxii) 133/134: 72-79, marzo abril/mayo junio.
- 1997b – La construcción de los petroglifos como concepción histórica del tiempo. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* XLIII:163-178.
- 2000 – Informe final *Proyecto INAH Procede Coahuila*. Dirección de Monumentos y Zonas Arqueológicas-INAH, México.
- 2002 – Algo de arqueología y un poco de historia del municipio de General Cepeda. *Provincias Internas*: 5:73-125. Saltillo.
- Gould, Richard A. 1979 – Exotic stones and battered bones. *Ethnoarchaeology in the Australian Desert. Archaeology* (32) 2: 29-37.
- Hers, Marie-Areti (en prensa) – Presencia mesoamericana en Durango durante el Epiclásico. En Braniff, Beatriz (ed.). *El Epiclásico en el Occidente y Norte de México. Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. San Luis Potosí, agosto de 1998.
- León, Alonso de [1649] 1961 – Relaciones y discursos del descubrimiento, población y pacificación de este Nuevo Reino de León: temperamento y calidad de la tierra. En Israel Cavazos Garza (ed.). *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México*: 3-119. Biblioteca de Nuevo León, Gobierno del Estado de Nuevo León, Monterrey.
- Lee, Richard 1972 – !Kung Spatial Organization: an Ecological and Historical Perspective. *Human Ecology* (1) 2: 125-147.
- 1984 – *The Dobe !Kung*. Holt, Rinehart & Winston, Nueva York.
- Lee, Richard e Irven de Vore 1968 – Introducción. *Man the Hunter*: 1-20. Aldine, Chicago.

- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján 1997 – *El pasado indígena*. El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas y FCE, México.
- Meggitt, M.J. 1965 – *Desert People. A Study of the Walbiri Aborigines of Central Australia*. The University of Chicago Press, Chicago.
- Mora Echeverría y Baudelina García Uranga 1986 – Arqueología de superficie en la región del Cabo, Baja California Sur, México. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*: 63-78. Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- Mota y Escobar, Alonso de la [ca. 1602-1605] 1940 – *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*. Editorial Pedro Robredo, México.
- Pérez de Ribas, Andrés 1944 – *Triunfo de nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. Editorial Layac, México.
- Powell, Philip W. 1984 – La guerra chichimeca (1550-1660). *Lecturas Mexicanas* 52. Fondo de Cultura Económica y SEP, México.
- Rodríguez, Martha 1995 – *Los indios de Coahuila durante el siglo XIX*. CIESAS, México.
- Santa María, Vicente 1973 – *Relación histórica de la colonia del Nuevo Santander*. IIB-UNAM, México.
- Smits, L.G.A. 1984 – Rock Paintings in Lesotho: Site Characteristics. *The South African Archaeological Bulletin* 39: 62-76.
- Tanaka, Jiro 1978 – Subsistence Ecology of Central Kalahari San and their Neighbors. En Lee, Richard e Irven De Vore (eds.). *Kalahari Hunter-Gatherers Studies of the !Kung San and their Neighbors*: 98-119. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Taylor, Walter W. 1956 – Some implications of the ¹⁴C dates from a cave in Coahuila, Mexico. *Bulletin of the Texas Archaeological Society* (27): 215-234. The Texas Archaeological Society, Austin.
- 1966 – Archaic cultures adjacent to the northeastern frontiers of Mesoamerica. En Ekholm, Gordon F. y Gordon R. Willey (eds.). *Handbook of Middle Americans Indians. Archaeological Frontiers and External Connections*: 59-94. University of Texas Press, Austin.
- Turner, Ellen Sue y Thomas R. Hester 1993 – *A Field Guide to Stone Artifacts of Texas Indians*. Gulf Publishing Company, Houston.
- Weitlaner Johnson, Irmgard 1977 – *Los textiles de la cueva de la Candelaria, Coahuila*. Col. *Científica* 51. INAH, México.
- Yellen, John E. 1976 – Settlement Patterns of the !Kung: an Archaeological Perspective. En Lee, Richard e Irven de Vore (eds.). *Kalahari Hunter-Gatherers Studies of the !Kung San and their Neighbors*: 42-72. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.